

916

UNA BANDERA HISTÓRICA

NOTICIAS SOBRE LA DIVISIÓN DESTACADA DEL EJÉRCITO
DE LOS ANDES, QUE OCUPÓ LA PROVINCIA DE COQUIMBO EN 1817

P O R

JOSE ÁNTONIO PILLADO

(CON UN CRÓMO Y FACSÍMILES)



BUENOS AIRES

IMP. «EUROPEA» DE M. A. ROSAS, MORENO 423

1898

6 UNA BANDERA HISTÓRICA

NOTICIAS SOBRE LA DIVISIÓN DESTACADA DEL EJÉRCITO
DE LOS ANDES, QUE OCUPÓ LA PROVINCIA DE COQUIMBO EN 1817

P O R

JOSÉ ANTONIO PILLADO

(CON UN CRÓMO Y FACSÍMILES)

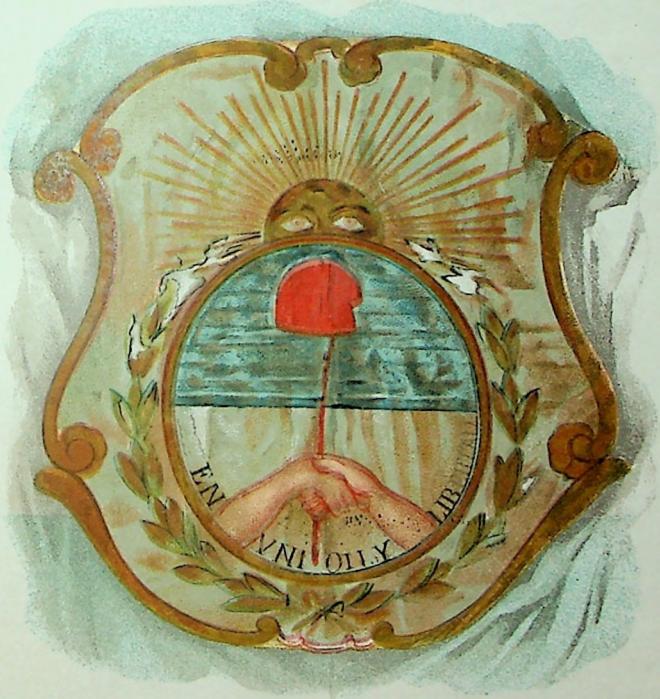


81.521
52.495

BUENOS AIRES

IMP. «EUROPEA» DE M. A. ROSAS, MORENO 423

1898



UNA BANDERA HISTÓRICA

I

GIRÓN GLORIOSO



El Museo Histórico Nacional, á cuyo establecimiento y progreso he contribuido con la debilidad de mis esfuerzos, acompañando como segundo á su fundador, mi amigo el señor Adolfo P. Carranza—cuya patriótica constancia es digna de todo elogio—en aquella larga tarea, que comenzó en una casa alquilada de la calle Esmeralda el año 90, bajo

Los hechos intrépidos, las acciones heroicas, las grandes virtudes, no se localizan en un pueblo, ni se encierran en los estrechos límites de una nación. Esos rasgos generosos, pertenecen á todos los hombres y á todos los pueblos, interesados en perpetuarlos, porque son los nobles contornos que significan la fisonomía de la humanidad.

La verdad, la justicia, el amor á la patria, forman la cominidad cristiana y filosófica de la tierra; y la historia se apodera de los que, en épocas espectables, representan aquellos sentimientos sublimes, para inscribir sus nombres en toda la inmensidad del universo.

B. IRIGOYEN.

el patrocinio de la Municipalidad de la Capital, hasta radicarse hoy, ya nacionalizado, en la hermosa posesión que fué del señor Lezama, ubicada en el paseo público de su nombre; el Museo Histórico, decía, guarda y ostenta en sus salones, en un cuadro bajo cristal, el girón glorioso de una bandera emancipadora, que fuí llamado á estudiar para los anales del Establecimiento. La donó el señor teniente general Bartolomé Mitre, de cuyos archivos obtuve documentos importantes é inéditos que fueron la base de mis trabajos.

El móvil que me ha inducido á publicar hoy, nuevamente, en forma de libro, esos apuntes, corrigiéndolos y aumentándolos, es el deseo de hacer más perdurable la memoria de una enseña, á cuya sombra se agruparon en la provincia de San Juan, el año 1817, los argentinos que, al mando del coronel Cabot, formaron la legión expedicionaria que debía contribuir á la libertad de Chile, secundando el movimiento del ejército de los Andes y arrebatarlo á la dominación española toda la provincia de Coquimbo.

Las injurias del tiempo no la han respetado y de ella solo nos resta el escudo central, en cuyo fondo se destaca el gorro frigio que exaltó el patriotismo de aquellos milicianos celosos de encender y conservar el fuego sagrado del honor, al estímulo de los soldados de línea que los acompañaron en la memorable jornada, mostrándose dignos del nombre de libertadores. Las tropas regulares que fueron base de la operación militar la constituyan tres piquetes destacados de los mejores cuerpos del ejército, á saber: del 1º de cazadores, del 8º, entonces mandado por el inolvidable Cramer y del regimiento de granaderos á caballo que con tanta bizarria condujo Zapiola en la batalla de Chacabuco.

Esa bandera ciudadana—permítaseme la denomina-

ción, pues no pertenecía á ninguno de los cuerpos citados—á imitación de la legendaria, bordada por las damas de Mendoza, llevaba el emblema de la libertad y de la unión redentora de los pueblos y significaba para aquel núcleo, que en los campos de Salala acreditaron su valor, el anhelo de las provincias andinas por la realización de los ideales que habían germinado en el pecho de todos los argentinos á partir de 1810, dándoles conciencia de su derecho y el poder de los libres para sacudir el yugo dominador.

Por eso se llamaron *libertadores*, y para compendiar la historia de aquella jornada bastaría decir, que honra á los que la realizaron como ejemplo de abnegada conducta, de patriótico arrojo, de disciplina militar y de amor á la libertad del suelo americano.

Así lo demuestran los hechos, así lo enseña la historia y así, también, podrá apreciarse, á través del tiempo, si el escudo emblemático, que les infundió valor y constancia, ha sido por todos igualmente honrado y si los descendientes de los que combatieron á su amparo encontrarán hoy manos amigas que estrechar, pechos nobles que unir en fraternal abrazo, allí donde entonces encontraron nuestros antecesores, enemigos que vencer, sólios y coronas que arrojar al profundo mar Pacífico para glorificar entre hermanos la independencia de la patria, sin celos, sin rencores y sin emulaciones.

Estos episodios de la historia serán siempre útiles por la enseñanza que envuelven y conviene destacarlos para que brillen ante los políticos y los guerreros como un espejo que refleje con verdad los malos hechos para no repetirlos y las virtudes para imitarlas.

Antes de ocuparme de la expedición norte del ejército de los Andes, que dirigió el comandante Juan Manuel Cabot, daré algunas noticias preliminares.

II

OPERACIONES DE GUERRA

El Estado á pesar de la reciente declaración de la independencia, jamás estuvo, desde el principio de la guerra, en una condición tan desplorable; casi se podría decir que era impelido á merced de los vientos y de las olas.

Pero San Martín poseía el talento de ganar los corazones de los que le trataban, de avivar las más elevadas pasiones y de atraerlos, no á medias, sino enteramente á sus planes

La sola idea de semejante empresa *el paso de los Andes* basta para dejar atónito al mundo, puesto que ella equivalía á una violación de las leyes de la naturaleza.

G. FUNES—*Bosquejo Histórico*.

En las convulsiones sociales, el resultado eficiente de todo hecho trascendental se obtiene por la unión de dos elementos indispensables y acordes: un espíritu superior que concibe y una serie mayor ó menor de espíritus inferiores que ejecutan ó reproducen la idea, asociados en virtud de leyes de atracción que tienden á unir estas fuerzas similares en un solo y potente núcleo de acción.

La evolución emancipadora en esta parte de América no escapó á tal principio, pues aún cuando el espíritu de

libertad estaba latente y vigoroso, el esfuerzo de los pueblos no llegó á imponerse *definitivamente* al poder español, sinó cuando el general San Martín infundió en los demás esa fé incansable y tesonera del hombre superior convencido de la bondad de su pensamiento. Hasta entonces se habían obtenido ventajas con derroche—permitásenos la palabra—de patriotismo y de valor, pero en adelante, cada uno tuvo la visión clara del resultado y no hubo desperdicio de fuerza, de ingenio, de vidas ó de dinero. Desde el jefe del estado al último cadete, desde las señoras que bordaron la bandera hasta la costurera de uniformes, pobres y ricos, sacerdotes y niños, todos contribuyeron á la obra inmortal de emancipar á Chile y arrojar al opresor de Lima.

El paso de los Andes no fué ya una dificultad insuperable, desde que el general argentino puso mano á la empresa. Había que cubrir una extensión de 200 leguas para dominar aquella lonja tan extensa de Sud América sobre la costa del Pacífico que se llama República de Chile y así se hizo con matemática precisión y éxito glorioso para ambas naciones, por aquel ejército, máquina armada de la libertad, triunfante en Chacabuco, disperso en Cancha Rayada y erguido de nuevo quince días después, en Maipú, tan decidido á la libertad como el primer momento, llevando desde allí sus banderas victoriosas hasta la capital del Perú, centro y nervio del poder opresor. Desde aquel día el sol argentino y la estrella chilena brillaron esplendentes para no apagarse más.

A esta empresa colosal y á esta fuerza eficiente está vinculado el nombre del teniente coronel Juan Manuel Cabot, á quien cupo la honra de mandar las tropas que cubrieron el ala derecha del ejército del norte, en la memorable campaña de los Andes.

Nació en la ciudad de Tucumán por el año de 1784 y fueron sus padres don Domingo Cabot y doña Catalina Rodríguez: recibió en Buenos Aires la educación primaria en concepto á lo que en aquella época podía aprenderse y abrazó la carrera de las armas en octubre de 1806, ingresando al batallón de Voluntarios Urbanos que se formaba con motivo de la segunda invasión esperada de los ingleses.

A fines de 1810 fué nombrado teniente del Regimiento núm. 3; en agosto del año 13 teniente 1º del núm. 2; en 11 de setiembre del mismo año, ayudante mayor; en noviembre 18 ascendió á capitán de la 1ª compañía del 1º batallón y en agosto de 1814, pasó á mandar la compañía de granaderos del 2º batallón. En 18 de Febrero de 1815 obtuvo el grado de sargento mayor en el mismo cuerpo en marzo, pasó al batallón 10, en 26 de abril marchó á incorporarse al ejército que formaba San Martín en Mendoza y el 1º del mismo mes del año 16, fué nombrado comandante del 2º batallón del Regimiento núm. 11 con los despachos de teniente coronel.

Tal era, en pocas líneas, la carrera militar del comandante Cabot, cuando San Martín lo eligió para encargarle la expedición á Coquimbo, á muchas leguas del centro de operaciones, lo que aboga en favor del concepto que aquel general tenía formado de este jefe, si se tiene en cuenta su especialísimo tino para elegir los hombres apropiados á cada comisión y que, en este punto, las instrucciones reservadas que recibió del Director Supremo tocante á las operaciones de la campaña destinada á la reconquista de Chile, eran bien claras. En lo preceptuado respecto á guerra el artículo 7º, refiriéndose al caso en que las circunstancias reclamasen necesario el que se separe alguna división, destacamento ó cuerpo del ejér-

cito, á operar en otros puntos distantes, dice lo siguiente:

« Los jefes que se destinen al mando de dichas divisiones deberán ser de la mayor confianza, así para sostener y hacer guardar la debida disciplina, como para prevenir se mezclen en fomentar partidos que perturben el orden y tranquilidad con aspiraciones á los mandos que juzguen deban establecerse. »

Los elegidos para cubrir la izquierda y derecha del ejército, completando la línea de ataque, los unos sobre Talca y Curicó, y los otros sobre Coquimbo y el Huasco, estuvieron á la altura de su cometido y el éxito coronó el esfuerzo de aquellos jefes sujetos á las instrucciones especiales que cada uno recibió del general.

Como se sabe, las divisiones destacadas fueron cuatro:

La primera al extremo sur, á cargo del teniente coronel don Ramón Freire, debía pasar por el Planchón, favoreciendo las operaciones de los patriotas chilenos Manuel Rodríguez y Miguel Neira que convulsionaron las provincias del Maule y Colchagua. (1)

La segunda, obrando en combinación con la primera, fué mandada por el capitán de caballería don José León Lemos, comandante del fuerte de San Carlos, en Mendoza, quien siguiendo el valle de los Chacayes debía entrar á Chile por el paso del Portillo y por el cajón del río Maipo, atacar la guardia de aduana que ocupaba San Gabriel. (2)

La tercera, en el extremo norte, fué puesta á las órdenes del teniente coronel don Francisco Zelada y debía invadir desde la Rioja, por Vinchina, para ocupar Copiapó y el Huasco, en combinación con la cuarta, que motiva este trabajo, y que, como hemos dicho, condujo el de igual clase don Juan Manuel Cabot á la ocupación de Coquimbo y La Serena, partiendo de la provincia

argentina de San Juan por el valle de Pismanta, cruzando los Andes por Olivares y volviendo al sud para seguir el río Rapel hacia el valle de Sotaquí y de allí volver al norte hasta su destino.

La fuerza que debía partir de la Rioja al mando del teniente coronel don Francisco Zelada, la componían 50 infantes de línea del ejército del Norte y 320 hombres de milicias, con la flor de la juventud riojana, á las órdenes del comandante de Famatina don Nicolás Dávila, segundo jefe de la expedición, (3) reuniéndose en Guandacol donde llegaron todos el 20 de enero, en cuyo punto los alcanzó el gobernador de la provincia coronel Benito Martínez el día 21, debiendo ponerse en marcha el 25.

Desde el arribo de Zelada á Guandacol fueron ocupados los pasos del Leoncito y el Peñón de manera que los realistas no pudieron enterarse del movimiento militar que se operaba de este lado de la cordillera.

La expedición marchó por la quebrada del Zapallar, llegando el 1º de febrero á las Juntas de Turbios, pasando la cordillera e internándose como 20 leguas en territorio enemigo.

Destacóse el capitán Miguel Dávila con 20 hombres escogidos para que tomara por sorpresa la fuerza avanzada en el lugar llamado La Guardia, lo que se efectuó sin pérdida de un solo hombre y el 10 de febrero ocupaba Zelada las casas de la hacienda de Jorquera, distante algunas leguas de la ciudad de San Francisco de la Selva de Copiapó, famosa por su riqueza minera.—Por dos caminos fué atacada la ciudad; por el más largo, que corre en semicírculo hacia el sur siguiendo el cauce del río de Jorquera marchó Zelada con toda la tropa, menos 50 soldados escogidos que llevó Dávila (don Nicolás), si-

guiendo la quebrada del Carrizalillo por la que tenía que andar de 4 á 6 leguas de áspero camino remontando los cerros del poniente.

El 12 de febrero de 1817 á las 5 de la madrugada entró el teniente Mateo La Roana con 12 hombres por la calle llamada después *O'Higgins* y al grito de *Viva la patria!* llega á la plaza y despliega en guerrilla. El centinela José Ramón Vallejo dá el *quién vive!* y hace fuego, pero desemboca el comandante Dávila con sus jinetes y mandando echar pié á tierra, avanza sobre el cuartel y se posesiona de él sin derramamiento de sangre. No había allí más fuerza reunida que 40 hombres, pues como dije antes, los españoles no tenían conocimiento alguno de la invasión.

El 16 entra Zelada en Copiapó y el 17 lo comunica por oficio al comandante Cabot ya posesionado de Coquimbo. (4)

En el cuartel había 500 fusiles depositados, y cuatro banderas de realce, tomadas en la sorpresa, fueron quemadas en la plaza por Dávila á los gritos de *Mueran los godos! Muera Fernando VII!*

Esta medida determinada, según el mismo Dávila, con el propósito de aterrizar á los empecinados, hiriéndoles en lo más respetable y sagrado, fué á mi juicio prematura é inútil, desde que la ciudad había sido sorprendida y ocupada con el contento de los muchos liberales residentes, pues aun cuando la tardanza de Zelada dió margen, dice, para que se intentara una reacción, esta no podía tener éxito con gentes sin armas y el invasor á las puertas, quien al menor conocimiento de peligro hubiera apresurado su marcha.

El día 17 fué fijado para la reunión del cabildo y elección, por sufragio popular, del teniente gobernador re-

caída en la persona de don Miguel Gallo, cuyo nombramiento mandó el jefe de la expedición dar á conocer por bando, con la debida solemnidad el día 18; el 20 llegó la noticia de la ocupación de Coquimbo y á fines del mes la de la batalla de Chacabuco.

La misión de los invasores estaba cumplida; el 12 de febrero la victoria había coronado las armas patriotas; la bandera de los independientes flameaba en Santiago: las dianas de triunfo se repetían por la falda de los Andes de Talca á Copiapó y el éco de sus regocijados acenos, elevándose del valle á la cima de los nevados montes anunciaron al mundo la libertad de Chile.

Dávila marchó á ocupar la comandancia general del departamento de Huasco para que había sido nombrado, así como el gobernador civil don Francisco Bascuñan y Aldunate.

Los resultados de esta expedición militar fueron comunicados al general San Martín en oportunidad y, más tarde, el gobierno de Buenos Aires declara á los ocupantes del Huasco y Copiapó incluidos en el número de los restauradores de Chile y acreedores á los premios que se concedieron á los vencedores de Chacabuco (5).

Del Archivo General de la Nación—legajo Condecoraciones y Medallas—1817—cópia la nómina de los señores oficiales de la división de la Rioja que marcharon á órdenes del teniente coronel Francisco Zelada, con expresión de sus clases.

A saber:

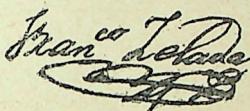
Capitanes—Nicolás Dávila, José Benito Villafaña, Miguel Dávila.

Tenientes—José Pérez, Manuel Prieto, Fernando Gordillo, José María Carreras, Xavier Medina, Manuel Gordillo, Roberto Carmendi.

Sub-Tenientes — Julián Fernández, Pascual Ruiz.

De conformidad con la suprema resolución de 20 de Noviembre de 1817, que transcribo en la nota núm. 5, esta relación fué elevada por aquel jefe en 24 del mismo mes, diciendo, que no podía por el momento, presentar las listas completas, como pedía el Estado Mayor, por haberse quedado éstas en la tenencia de gobierno de la Rioja y que sólo adjuntaba la de los oficiales que lo habían acompañado en la expedición, por tenerla en su poder. (6)

Publicamos en seguida el facsímile de la firma con que está suscripta la lista mencionada.



A handwritten signature in black ink, appearing to read "Francisco Tello de la Torre". Below the signature is a small, circular, illegible stamp or seal.

Justificado y merecido fué el premio, porque si bien la ocupación de aquellos pueblos se hizo sin efusión de sangre, fué ejecutada con precisión y denuedo, llenando cumplidamente las instrucciones recibidas y consagrándose cada hombre á desempeñar su cometido con la constancia y amor dignos de los que levantaron en la historia el monumento glorioso de la emancipación.

III

EL PASO DE LA CORDILLERA

San Martín «no dormía [pensando en los inmensos montes que debía atravesar].... Así, las diversas rutas que trazaba en sus mapas y los itinerarios que señalaba en sus instrucciones, eran como los radios de un círculo de acción de operaciones preliminares, cuyo eje estaba en el campamento de Mendoza.

Si alguna vez el cálculo y la previsión al servicio de la inspiración y la observación, subordinadas al método presidió á una gran empresa militar, fué ciertamente ésta. y la historia no presenta un ejemplo de paso de montaña más perfectamente combinado y más admirablemente ejecutado, como lo han reconocido los escritores especiales de las naciones más adelantadas y hasta los mismos enemigos.

B. MITRE—*Hist. de S. Martín.*

He considerado conveniente dar estas noticias preliminares, para que la expedición del teniente coronel Cabot sea apreciada en su verdadera importancia, formando parte de aquel vasto plan militar, grandioso abrazo de fraternidad que argentinos y chilenos se dieron á través de las montañas andinas, para unirse en el decisivo empuje que echó por tierra el antiguo régimen, reco-

giendo el estandarte de Pizarro, y haciendo volar en astillas el sólio de los virreyes.

Si las banderas que las patrias legiones conquistadas en leales combates, son consideradas como trofeos para estimular el noble orgullo de los pueblos, con cuánta más razón no lo serán aquéllas á cuya sombra los oprimidos han lanzado el sublime grito de independencia, emancipándose de todo poder extraño y proclamando é inscribiendo en su escudo las palabras: «en unión y libertad», como el más hermoso manifiesto que una nación nueva puede mostrar al mundo.

A las tropas que invadieron la provincia de Coquimbo, bajo el mando del jefe antes mencionado, cupo la honra de enarbolar y sostener con las armas en la mano, la bandera que motiva este trabajo, ó más bien dicho, los restos de aquella insignia de valientes, pues sólo se conserva el escudo recortado y adosado á una tela nueva, en que tal vez lo cosió la misma hija de Cabot, para salvarlo de las inclemencias del tiempo.

Fué hecha primitivamente en género de bramante pintando el escudo en medio, dentro de un ornamento ó guarda caprichosa. Mide 66 centímetros en su parte más alta y 57 en la más ancha: el óvalo tiene 36 de alto por 32 y medio de ancho, orlado por dos gajos de laurel en sotuer.

No me ha sido posible comprobar si estaba dividida perpendicularmente en dos colores: blanco y celeste, como la que hizo jurar San Martín, hecha en Mendoza, ó en tres fajas, una blanca entre dos azules, como la de Belgrano, pues no he podido obtener la carta de remisión con que fué enviada al general Mitre, que quizá lo explique, aunque existe en el archivo de este último, quien, á pesar de sus graves y notorias ocupaciones, la buscó

con empeño sin encontrarla, dentro del tiempo limitado á esta tarea (7).

Ignoro también, dónde y por quién se hizo, pero es de presumir que, compuestas las fuerzas invasoras por compañías de diferentes cuerpos, á las que no correspondía llevar bandera, el patriótico entusiasmo de los hijos de San Juan, cuyas milicias formaron parte de la expedición, emulados por la iniciativa de las damas mendozinas, quisieron presentar á aquellos valientes una insignia de la libertad que iban á conquistar con la espada.

Por otra parte, no puede dudarse de su autenticidad, pues el señor General antes nombrado, cuyas afirmaciones históricas son notoriamente respetables, me aseguró que la había recibido directamente de la hija del teniente coronel Cabot y la donó al MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, el 1º de Junio de 1890, como una reliquia de aquella época gloriosa.

Las exigencias de la organización y sostén del ejército que San Martín formaba en Mendoza, impusieron á los pueblos de Cuyo los más estrechos sacrificios en bien de la patria.

La provincia de San Juan, aparte de las contribuciones frecuentes de dinero y efectos que le fueron solicitados, contribuyó con el más preciado don de la sangre de sus hijos que se alistaron presurosos, desde el primer momento (8) ofreciendo su brazo y su coraje al logro de tan nobles fines.

El teniente gobernador Dr. D. José Ignacio de la Rosa, que había sucedido interinamente al comenzar el año 15, al teniente coronel D. Manuel Corvalán, no se dió punto de reposo, organizó las cuerpos cívicos y puso en buen pie al batallón de infantería ciudadana bajo el mando de D. Juan Agustín Cano, teniendo este

como segundo á don Juan de Dios Jofré y la caballería de milicias á órdenes de don Mateo Cano, pues podía llegar el caso, desenvolviéndose los susesos, de llamar estos cuerpos al servicio activo como sucedió.

A principios de Enero de 1817 la Rosa había conferenciado con San Martín y puéstose de acuerdo en cuanto convenía proceder relativo á la expedición que se mandaría sobre Coquimbo reservándose en lo posible todo movimiento de fuerzas en las provincias hasta el momento oportuno.

Algunos emigrados chilenos habían vuelto á repasar la cordillera para agitar los pueblos en favor de la invasión y los Rojas, Bascuñán y Ceballos (9) afrontaron las más peligrosas consecuencias, si Marcó lo sospechaba, por ver libre é independiente á su país.

En el *Diario militar de las operaciones del Ejército de los Andes* que el jefe de Estado Mayor pasa al general San Martín y este remite al Supremo Director del Estado en Enero 23 de 1817 figura la anotación siguiente:

« Día 9.—Han marchado sesenta hombres á las órdenes del teniente coronel don Juan Manuel Cabot, con dirección á San Juan, donde serán reforzados con 30 ó 40 milicianos. Su objeto es invadir por el camino de Calingasta á la provincia de Coquimbo y sublevar el país».

En efecto, salió Cabot del campo de instrucción en ese día del mes de enero llevando:

20 hombres del batallón N°. 8 con el teniente
don Escolástico Magan.

20 id del N°. 1 de cazadores con el te-
niente D. Simón Santucho

y 20 granaderos á caballo con el teniente don
Eugenio Hidalgo,

que hacen los 60 soldados que menciona el diario citado, pero en San Juan recibió mayor auxilio que 40 milicianos (10) y no pasó por Calingasta como veremos después.

Observaré aquí que don Simón Antonio Santucho en julio 4 de 1815 era subteniente del Regimiento N°. 11, en abril 27 de 1816 fué nombrado teniente segundo y en enero 17 de 1817, es decir, ocho días después de haber salido de Mendoza para San Juan fué promovido á teniente 1º del batallón núm. 8 y don Escolástico Magan, subteniente del 2º de Infantería en julio 3 de 1815, fué promovido á teniente segundo del batallón núm. 7, el 27 de enero de 1817. En cuanto á don Eugenio Hidalgo, quien inició su carrera en el Regimiento Granaderos á caballo, como subteniente, también el año 15, fué nombrado teniente del mismo cuerpo el año 16, es decir, doce días después que Santucho.

De aquí resulta una posible equivocación de nombres en el general Espejo de quien tomamos el número y clase de la tropa que salió para San Juan, pues el teniente Magan debió mandar el piquete del 1º de cazadores y Santucho del 8º, pero lo hemos mantenido tal y como lo consigna aquel escritor por cuanto es corriente que los oficiales en comisión manden soldados de cuerpos distintos de aquel á que pertenecen. Lo hacemos notar, sin embargo, por que, aparte otras causas, estas recientes promociones fueron motivo bastante para que San Martín desaprobara los asensos que el comandante Cabot prometió á sus oficiales como se verá después.

Llegó este á San Juan donde fué recibido con el mayor contento y era esperado por las tropas milicianas que debían seguirlo y algunos emigrados chilenos ansiosos de tomar parte en la expedición.

Pero antes de entrar en mayores detalles sobre su

empresa, creo oportuno copiar aquí el pliego de instrucciones que recibió y que he tomado del original, hasta hoy inédito escrito, de puño y letra de San Martín que conserva el señor general Mitre en su riquísimo archivo de la época y que tuvo la benevolencia de facilitarnos.

INSTRUCCIONES

QUE DEBE OBSERVAR EL COMANDANTE EN JEFE DE LA DIVISIÓN DEL NORTE DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES DESTINADA Á LA RESTAURACIÓN DE LA PROVINCIA DE COQUIMBO EN EL ESTADO DE CHILE.

Saldrá la expedición el doce del actual, precisamente arreglará su marcha á los conocimientos que adquiera del terreno y punto más aproposito para entrar á Chile.

Llevará formadas proclamas para los habitantes del país inclinándolos á nuestra justa causa y activa cooperación que deba prestarle.

Mantendrá en su tropa la más exacta disciplina. Al paisanaje se tratará con dulzura y moderación; cualquier desorden en esta parte será castigado de un modo ejemplar, persuadido que la fuerza física no ha de influir tanto como la moral.

Se le faculta para sancionar las sentencias hasta la muerte que fallace la comisión militar permanente.

Deberá componerse ésta de cuatro oficiales vocales y un presidente, que será el más antiguo en los nombrados rolando entre todos los de la expedición.

Los juicios en la marcha serán verbales para el orden y método establecido en el Regto. adjunto.

El resúnen de penas militares que también se agrega será exactamente practicado.

OBJETO DE LA EXPEDICIÓN

La toma de toda la provincia de Coquimbo, al efecto la sublevará y su fuerza atacará la capital.

En el momento de pisar el territorio chileno hará re conocer á su división por el gobierno de la provincia y á nombre del Estado de Chile.

Posesionado de la capital, mandará alguna fuerza (en caso necesario) al Guasco y Copiapó para que entren en el sistema y reconozcan el Gobierno. Pero si para entonces se hubieran apoderado de aquellos puntos las fuerzas de la Rioja, se comunicará con ellas poniéndolas bajo su dependencia como para ello tienen instrucciones.

Guardará la más exacta armonía con el Gobierno general de la provincia, dejando á éste todo lo gubernativo.

Sostendrá el órden y las autoridades constituidas cortando en su origen el virus revolucionario, espíritu de partido, y hasta la sombra de anarquía, corriendo en todo esto su proceder con el del gobierno.

Aumentará la fuerza veterana que le sea posible, establecerá seguidamente su armería, maestranza, parques, y demás, que sea necesario para el auxilio del ejército.

Reformará los cuerpos que el conflicto de las circunstancias exigiere.

Creará los oficiales que juzgue necesario, espidiéndoles títulos provisorios hasta la sanción del Supremo Gobierno de Chile.

No comprometerá acción alguna en que pueda ser batiido; y si el enemigo se hace fuerte, empleará la guerra de recurso hasta aniquilarlo.

Los prisioneros serán remitidos sin pérdida á San Juan, así como los enemigos conocidos de la causa.

De acuerdo con el Gobierno general de la provincia se nombrará una comisión compuesta de hombres buenos de conocimiento y patriotismo á prueba para la investigación de los enemigos del sistema. Los bienes de éstos serán confiscados por cuenta del estado chileno. Su valor entrará en caja bajo una cuenta formal é instructiva para responder á su tiempo al Supremo Gobierno de Chile.

Restablecido el órden en la capital y asegurado su recinto y el puerto contra cualquier agresión por mar, marchará con su fuerza sobre el enemigo del Sur, ó estará pronto para reunirse al ejército según las órdenes que reciba y situación en que se halle.

Me repetirá partes con toda frecuencia y hará los mayores esfuerzos para ponerse en comunicación conmigo, bien sea por mar ó tierra.

Las legiones de emigrados llevarán bandera tricolor y esta se enarbolará en el punto en que resida el Gobierno Nacional de Coquimbo.

Serán pagadas por el Estado de Chile las tropas que lleve de estas provincias, las que aumentará bajo las bases de las que lleva todo lo que sea posible.

Enero 2 de 1817.

El comandante Cabot salió el dia 18 de San Juan y nó el 12 como lo previenen sus instrucciones, llevando á más de los 60 soldados de línea antes mencionados, el batallón de infantería cívica y unos cuatro escuadrones de caballería, que el gobernador La Rosa tenía disponibles, formando entre todos un total aproximado de 400 hombres (11) entre los que iban don Pedro Regalado

Cortinez, don José Gregorio Quiroga, don Domingo Reano, don Francisco Javier Angulo, y como capellán de la división el presbítero don José de Oro, sin contar el corto número de chilenos que se le agregó allí.

No es fácil, para nosotros, señalar el punto preciso por donde cruzó la expedición á territorio chileno, debido á la desigualdad de los mapas y cartas que hemos podido consultar, pero nos parece lo más probable que cortara el límite de ambos países por el paso del Agua Negra, pues comparando el itinerario formado por el baqueano Zeballos con los partes pasados por Cabot y la carta de las provincias de la Rioja y San Juan publicada por Martín de Moussy, encontramos que debió subir al N. E. de la capital de la provincia por el valle de Pismanta, llegar hasta Iglesia ó Antecristo, cruzar la cordillera de Olivares y abandonando el territorio argentino al Sur de las vertientes del río Coquimbo, transmontar las sierras de doña Rosa y Tres Quebradas, llegar, siguiendo al Sur, á la márgen norte del río Rapel y costearlo hasta Sotaqui. Debió, pues, aceptar, con muy poca alteración, si la hubo, el itinerario de Zeballos.

El parte del combate de Salala dice que trasmontó *las cuatro cordilleras de los Andes*, invirtiendo 14 jornadas hasta la cañada de los Patos y en el itinerario citado podrá verse que desde San Juan á este punto se señalan 99 leguas de camino, ó lo que es igual, 14 jornadas de 7 leguas, como se computan para el total de la marcha.

El autor de la «Historia de San Martín», dice que atravesó por el Portezuelo de la Ramada las cordilleras de Olivares y doña Ana; el general Espejo, que debía pasar por Olivares; C. Calvo en sus «Anales Históricos», que por los Patos; (12) Sayago, (13) que por Illapel y el Diario de las operaciones del ejército de los Andes

que por Calingasta. Los otros autores que hemos leído, nada expresan al respecto.

En este desacuerdo de pareceres, debemos pensar que si sus propósitos eran cortar las comunicaciones de Coquimbo con Santiago, no debió ir demasiado al Norte, pues ya que no pasara por Calingasta, podía ser sentido en tan largo trayecto hasta Sotaquí y frustrarse sus planes.

Para aclarar este punto, sin hacer afirmaciones erminantes, que requieren más largo y detenido estudio, transcribimos el documento de que hemos hablado y que original se conserva en el archivo del general Mitre á quien agradecemos la bondad con que nos ha permitido usar sus elementos de comprobación. Dice así:

PRESUPUESTO que manifiesta la marcha de la división de cuatrocientos hombres de toda arma con dirección hacia el punto de Coquimbo por el camino del valle de Pismanta hasta caer al río de Rapel, pertenencias del estado chileno por el que se debe marchar hasta la unión del río grande de Monterrey, debiendo continuarla por este río hasta el valle de Sotaquí que debe ser el punto de reunión de tropa é intimación al enemigo por ser este valle de toda provisión y camino recto y principal á la ciudad de Coquimbo que dista de este punto veinticinco leguas. En toda esta marcha no se conoce otra travesía que la que hay de San Juan al arroyo de Talacastro que es de dieciseis leguas y pueden andarse en dos jornadas; el restante camino no carece de buenas aguas, pasto y leñas hasta situarse en el denominado punto de Sotaquí, ni tampoco se encuentran malos pasos ni desfiladeros.

Las jornadas que aparecen en los veinte días de ca-

mino que deben contarse de San Juan al valle de Sotaquí—A saber:

De San Juan á Tapiecas	3	leguas
Al barr. de la Jarilla (travesía)	8	»
Al Arroyo de Talacastro	8	»
A Gualilan	10	»
› la Agua del yeso	7	»
› Pismanta	8	»
› Antecristo	8	»
› los Ojos de Agua	8	»
› la última ciénaga del Agua Negra	8	»
Al Río Blanco	9	»
› de San Lorenzo	8	»
› Agua fría	8	»
› Valle de los Patos	6	»
› la cañada de Patillos	4	»
› la Piedra larga	8	»
› Pajonal	6	»
A Valdivia	9	»
› Monterey	9	»
› Sotaquí	6	»

141 leguas

Primeramente por sesenta caballos para los treinta hombres de esta arma	60
Por noventa y ocho mulas de silla que deberán servir para peones de arria y cuidadores de las cabalgaduras en que va la tropa	98
Por ochocientos cincuenta idem de idem incluyas las que ocupa la oficialidad para los cuatrocientos hombres de tropa	850
	1008

Por ciento veinte quintales de charqui molido que á libra por ración diaria debe asignarse á la tropa y conducirse á tres quintales por carga que hace las siguientes	40
Por sesenta quintales de galleta que se regulan á ocho onzas por ración, y hacen el número de veinte cargas	20
Por doce idem de mejor clase para oficiales que hacen cargas	4
Por uno idem de agí molido y dos idem de sal con que se completa una carga	1
Por quince quintales de harina de maíz tostada que componen cargas	5
Por diez barriles de vino y cuatro de aguardiente que componen siete cargas	7
Por 800 manojos tabaco tarifeño y 50 libras de ídем paraguay para la que hacen 2 cargas oficialidad	2
Por doce resmas de papel.	
Por 32 cargas que ocupan los cuatro cañones de artillería, su dotación de 200 tiros, su montaje, atalage, juegos de armas, &	32
Por 25 cargas que ocupan los 200 fusiles de repuesto regulados á 16 por carga	25
Por 6 cargas que ocupan las herramientas de maestranza y útiles de herramientas para gastadores	6
Por 25 mulas de carga para las cargas de equi- paje que ocupan los oficiales	25
	<hr/> <u>167</u>

— 26 —

Por 167 mulas de carga que deberán ir para repuesto de estas cargas	167
Total de mulas y caballos	1342

Mendoza y Octubre 15 de 1816.

Patricio Zevallos

NOTA—No se incluyen las cargas que deben ocupar los cajones de cartuchos á bala de fusil por ignorar el número de los que deben ir; cartuchos sin bala y pólvora suelta, &^a 35,000.

OTRA—Se advierte que aunque reza 20 jornadas solo son 19.

(RÚBRICA DE ZEVALLOS)

IV

EL LAUREL DE LA VICTORIA

Hay una Patria americana. Guerras que no son sino guerras civiles pueden contradecirlo.—Lo sabemos. Hay entre estos pueblos generaciones que se salen al encuentro, disputando con puñales como hermanos bastardos la herencia común. Pero todos sentimos nuestra patria americana. La sentimos cuando el recuerdo del pasado, purificando como una llama las pasiones del presente, reanima en nuestras venas la fraternidad de la sangre.

Haced flamear vuestra bandera. Es para Bolivia: SUIPACHA y Vilcapugio—para Chile: CHACABUCO y MAIPÚ—para el Perú: LIMA y el CALLAO—y para todos la que vieron tremolar á la par de sus pendones patrios en JUNÍN y en AYACUCHO, agitados por el mismo viento de la gloria.

N. AVELLANEDA.

El 25 de enero estaba todavía Cabot en Pismanta contando impaciente el tiempo de caer al otro lado de los Andes, con arreglo á las órdenes y días designados por San Martín, cuando algunos de los emigrados chilenos que lo acompañaban voluntariamente, pretendieron, apartar de su escaso número, formar cuerpo separado y levantar bandera.

No siendo esto conforme al espíritu del penúltimo párrafo de sus instrucciones y ateniéndose á lo dispuesto en el quinto, remitió al teniente José María Cruz como indisciplinado, á presencia del general en jefe (14).

Esta medida estableció subordinación y órden en la tropa, aun cuando Cruz no fué el único que regresó á Mendoza del camino de Coquimbo (15).

Había empleado 7 días en marchar 44 leguas, pero recobrando el tiempo perdido, el 6 de febrero llegaba á la Cañada los Patos en 7 penosas jornadas más, con aquel pesado bagaje de armas, animales de repuesto, raciones y municiones, por caminos ásperos y frágiles, con una mayoría de tropa ciudadana, tan llena de entusiasmo como falta de instrucción militar, pero valiente y decidida por el noble propósito que los animaba.

Las partidas descubridoras sorprendieron allí una guardia y municionada la tropa, prevenidos á toda ocurrencia como que pisaban territorio enemigo, después de un alto, para reparar las cabalgaduras, se continuó la marcha. A los dos días (el 8 de febrero) la tropa que venía á relevar la guardia sorprendida el 6, fué también tomada prisionera, así como un cabo de la guarnición de Coquimbo que la mandaba. Destacó entonces cien hombres á las órdenes del capitán Patricio Zeballos y el día 9 ocupaba la población de Valdivia.

La invasión se había practicado, pues, al mismo tiempo en todo Chile por seis pasos de la Cordillera, en una gran extensión de territorio y el admirable plan de San Martín, que la victoria debía de coronar, se cumplió con matemática exactitud.

A la noticia del arribo de Cabot, toda la provincia se había sublevado, salieron á encontrarlo todos los amigos con quienes había mantenido correspondencia reservada

y el día 10 acampaba en el valle de Sotaquí, á 25 leguas de Coquimbo por camino recto y fácil.

En la capital de la provincia se hubiera tal vez ignorado la llegada de los independientes, si las tropas destinadas á órdenes de Zeballos, que se habían apoderado de la correspondencia de Santiago y de algunos espías y sospechosos no hubieran dejado burlar su vigilancia por José Antonio Godomar, quien escapándose desde Monterrey, pudo llevar la noticia á Coquimbo.

El comandante militar de la Serena don Manuel Santa María, antiguo oficial de dragones, había sido prevenido por Marcó de que el insurgente Manuel Rodríguez, que operaba al Sur, apareciera en Coquimbo y le envió 100 dragones para atacarlo y guardar los pasos de la cordillera, pero á Cabot ni lo sospechaban siquiera.

El 7 de febrero apareció en la puerta de Santa María un cartel que decía, *Rodríguez avanza!* y á poco se supo la noticia del arribo de Cabot. Inmediatamente el comandante militar citó á cabildo abierto para adoptar las medidas del caso. Hubo divergencias de pareceres, pues mientras unos opinaban por retirarse á Copiapó, otros creían mejor embarcarse en el puerto para Valparaíso, pero prevaleció la opinión del Subdelegado, que era retirarse á la capital, y en consecuencia emprendieron la marcha para Santiago, saliendo al encuentro de los invasores sin quererlo.

Los chasques que desde Coquimbo y la Serena se habían despachado á Marcó, fueron interceptados el día 10 por el jefe patriota, disponiendo incontinenti auxiliar la fuerza de Zeballos con cien hombres más al mando de su ayudante don Eugenio Hidalgo, teniente de granaderos á caballo, con órdenes de ocupar una vez reunidos to-

dos los puntos por donde pudiese fugar el enemigo á la capital.

Santa María salió con ciento y tantos soldados, dos piezas de artillería volante de á cuatro y los vecinos que quisieron seguirle con muchas cargas de equipage. Apenas se ausentó éste, el vecindario de Coquimbo y la Serena se apresura á elejir gobernador á don Manuel Antonio Iribarne, capitán de artillería y decidido patriota: la provincia era adicta á la restauración y deseaba ardientemente la caída del régimen anterior.

Hidalgo reunióse á Zevallos el 11, agregándoseles algunos naturales á quienes se armó con lanzas y ese mismo día se tirotearon con el enemigo que había llegado á Barraza.—Tres leguas más adelante, en el llano de Salala trábose la acción decisiva que no fué larga, pero sí gloriosa.

El comandante militar resistióse enérgicamente: formó en cuadro los dragones y esperó el ataque, pero los cívicos de San Juan secundando á los granaderos que dirigía el teniente Hidalgo y á la caballería miliciana los desbarataron completamente. El enemigo dejó muertos en el campo 3 oficiales y 43 soldados; prisioneros en poder de los patriotas al jefe, su hijo y 2 oficiales y 20 entre heridos y dispersos (16).

La victoria fué completa y desde aquel momento la provincia estaba dominada.

Cabot, en tanto, con los caballos de la brida y las armas cargadas, sospechando que pudiera venirles de Santiago algún auxilio, se mantenía con el resto de la fuerza prevenido á todo evento en el valle de Sotaquí.—Así pasó la noche del 11 y el 12 recibió el parte de Zevallos con la noticia del triunfo obtenido.—Seguro ya de la adhesión de Coquimbo y la Serena, por las actas y oficios

de que fué portador don Francisco Bascuñán y Aldunate, mandó tomar posesión de la capital de la provincia destacado al efecto al comandante de caballería don Antonio Blanco, con 50 hombres y competente número de oficiales, para guarnecer la ciudad á órdenes del nuevo gobernador electo.

Puede citarse la singularidad de que en el combate los patriotas no perdieron más que 4 hombres: 1 muerto y 3 heridos, desproporción extraña que se explica solo por que las tropas de Santa María, y él mismo, no creyeron encontrar en su camino tal fuerza y tan decidida, circunstancia que debió sorprenderlos y hacer inciertos sus movimientos y sus tiros.—Demostrado está, sin embargo, que su defensa fué energética, pues el cuadro se mantuvo haciendo fuego á pesar de las grandes pérdidas que sufrieron.—Por otra parte los soldados formados en el ejército de los Andes estaban educados de tal modo que sus ataques eran rápidos y terribles, y el sable de aquellos 20 granaderos á caballo debió actuar de una manera formidable! En todas partes lo probaron.

Se tomaron al enemigo sobre el campo de la acción las banderas, los dos cañones que llevaba, todos los fusiles, 6 espadas, 16 cajones de munición, 2 barriles de pólvora, 4 fardos de vestuario, 30 cargas de equipajes y todos los papeles.—Los útiles de guerra que se encontraron en la ciudad fueron: 36 barriles de pólvora en buen estado, 4 idem mojada, 6 fusiles, 4 cañones volantes de á 4, 12 idem de á 12 y 2 de á 24.

El día 12 de febrero entraba el teniente coronel Cabot, al frente de sus legiones vencedoras en la Serena y quedaba consumada la liberación del territorio de Coquimbo, tomando posesión de la capital el dia 15, donde fué recibido por el gobernador y todo el pueblo con

los mayores transportes de júbilo, vivas á la patria y aclamaciones de triunfo, celebrándose el 16 en la iglesia mayor un *tedeum* en acción de gracias, al que asistió el jefe patriota con toda su oficialidad y tropa.

La bizarra conduta de los oficiales en el combate de Salala indujo al comandante de la expedición, interpretando mal el párrafo octavo de sus instrucciones, á conceder ascensos á los oficiales que se habían distinguido, haciéndolos reconocer hasta la superior aprobación en esta forma:

Al capitán de milicias de infantería don Juan Agustín Cano, el grado de sargento mayor.—Desde enero 20 de 1815 tenía el primero.

Al ayudante mayor de la misma, don Sinforoso Navarro, el de capitán.

Al ayudante mayor de línea don Juan José Ruiz, el de capitán.—Había sido subteniente graduado del regimiento de artillería en 1812 y 1813, pasando á teniente 2º del batallón 11 en diciembre de 1814 y promovido á ayudante mayor en abril 27 de 1816. El comandante Cabot lo titula capitán, pero ignoramos cuándo fué ascendido, solo podemos agregar que en agosto 27 de 1819 lo nombraron comandante del 2º escuadrón «Gauchos de Salta.»

Al teniente 1º de línea don Simón Santucho, el de capitán.—Era teniente 1º desde enero 17 de 1817, como dije antes.

Al teniente de granaderos á caballo don Eugenio Hidalgo, el de capitán.—Era teniente desde abril 29 de 1816 y fué promovido á ayudante mayor del mismo cuerpo en enero 15 de 1818.

Al teniente 2º de infantería don Francisco Ibañez el de teniente 1º.

Al teniente 2º don Ecolástico Magan, el de teniente 1º.—Era teniente 2º desde enero 27 de 1817.

A los tenientes 2ºs. de milicias de caballería, José María Morales y Pedro Regalado Cortínez el de teniente 1º, respectivamente.—El primero fué nombrado para ese empleo el 12 de enero de 1816 y en cuanto al segundo solo diré que fué muerto en San Juan en el combate de *Las Leñas*, que puso término á la sublevación de 26 de julio de 1825.

El general San Martín desaprobó este procedimiento y así se lo hizo saber por oficio que, en 5 de marzo, consta Cabot, dando cuenta de haber comunicado á los agraciados la disposición superior que anula esos ascensos y diciendo que volverá á leer sus instrucciones para no cometer tales errores en lo sucesivo; errores que solo la embriaguez del triunfo podía atenuar.

Como dije antes, el día memorable del 12 de febrero, triunfaba en toda la línea el ejército de los Andes y la batalla de Chacabuco, la prisión de Marcó y la ocupación de la capital dejaban entrever el triunfo de Maipú, que afirmaría la independencia chilena para siempre.

La campaña había sido feliz, pero los expedicionarios del norte no habían aun terminado su bélica tarea. Ya ocupado Coquimbo, y provistas las guardias de toda la guarnición, se anunciaron dos ó tres buques á la vista: eran el gobernador de Valparaíso, Villegas, con alguna tropa y familias que fugaban de los patriotas, para Lima. Intentaron un desembarco y sus consecuencias se verán por el parte que íntegro copiamos en seguida:

Excmo. Señor:

Tengo el placer de comunicar á V. E. que el quince del corriente á las tres de la tarde, tomé posesión de la

plaza de Coquimbo, que habían desamparado los enemigos, en la cual me apoderé del armamento, que indica la adjunta relación, que acompaña, fuí recibido en dicha plaza por el gobernador, y todo el pueblo entre los mayores transportes de gozo, vivas y aclamaciones de júbilo y alegría; el diez y seis se celebró una solemne misa y te deum en acción de gracias, á que asistí con mi oficialidad y tropa. El diez y siete á las cinco de la mañana, que tenía provistas las guardias de toda la guarnición, se me dió parte de haberse avistado en la costa dos ó tres buques. En el momento monté á caballo, y acompañado de mi primer ayudante de campo, pasé al puerto, y me hice capaz de la localidad, de su situación y fuerza disponible á su defensa: inmediatamente regresé al pueblo, dispuse la tropa, proclamé al vecindario, y marché con ella llevando conmigo los cañones y municiones que consideré necesarios á contener un desembarco, que hasta entonces consideraba inevitable por el número de buques que la armadilla presentaba á nuestra vista, hice apostar la tropa en los puntos más ventajosos, ocultándoles la gente, é inhabilitando los cañones, y dejándoles expedito el puerto para que francamente hicieran su desembarco en términos que no conociesen la fuerza que podía oponerles, á cuyo objeto dispuse, que solo quedase un pescador de los que continuamente habitan allí; más como se me reuniese un crecido número de vecinos y gente de la campaña á quienes fué preciso armar con lanzas, me fué impracticable el propuesto objeto porque el concurso era incontenible, cuyos rumores sin duda obligaron á mudar de pensamiento al enemigo. Llegó la noche en la cual solo se introdujo al puerto el menor de los bergantines. El diez y ocho al amanecer, se dejaba ver la armadilla en número de cuatro fragatas y tres bergantines, y el menor de ellos dentro

del puerto al frente de la batería: le mandé tirar un cañonazo, y en el momento trató de hacerse á la vela con dirección hacia el convoy, se le tiró otro, y habiéndole astillado la proa arrió la bandera, y se entregó prisionero: en el acto que conoció la capitana que se entregaba el bergantín, despachó lanchones y gente armada para sacarlo del puerto; pero habiéndoles continuado el fuego, tuvieron que retroceder á su estrépito hasta el convoy donde se trasbordaron. Luego enarbóló la bandera española dicha fragata con que se hicieron á la vela. Instruido yo á la sazón por las declaraciones del capitán y maestre del bergantín, y sabiendo de que venían el gobernador de Valparaiso, Villegas, y el gallego Parejas que fugaban derrotados con algunas familias para Lima, y ochocientos hombres de tropa, afirmé la bandera de la patria, provocándolos á desembarco con algunos cañonazos que les hice tirar sin embargo de la excedente fuerza que ellos tenían, prevalido de la buena disposición y puntos en que se hallaba mi tropa, y vecindario; pero de todo se desentendieron disipándose como el humo. Allí permanecimos aquella noche por si proyectaban alguna tentativa, mas como hasta las siete de la mañana de este día no se observase rumor alguno, dispuse retirarme á los cuarteles de la ciudad.

No puedo dejar de encarecer á V. E. el infatigable empeño de mis oficiales y tropa en esta jornada, en que sufrieron dos días y dos noches á la intemperie de la falda de un cerro con las riendas del caballo en mano, sin que allí tuviesen con que alimentarse, ni ellos, ni las cabalgaduras, porque aun el agua con que se refrigeraban escasamente, era necesario que se trajese desde una legua de distancia, y de tan mala calidad que no les saciaba por su salobridad.

A las ocho recibí parte de Illapel, en que me comunica hallarse nuestras tropas posesionadas de la capital de Chile, con cuyo aviso y la certidumbre de que en el Guasco y Copiapó donde tengo reunidas varias partidas de gente armada por no haber llegado aun la fuerza de La Rioja al mando del capitán Zelada, se han decidido abiertamente aquellos vecinos por la causa del país (17).

He dado las órdenes más estrechas en seguridad de los enemigos prisioneros, prófugos y dispersos á quienes remitiré custodiados á la posible brevedad á disposición del teniente gobernador de San Juan; todo lo que comunico á V. E. para su superior conocimiento.

Dios guarde á Vuesencia muchos años. —Cuartel general de la División del Norte en la Serena, y febrero diez y nueve de mil ochocientos diez y siete.

Excmo. señor.

JUAN MANUEL CABOT.

Excmo. señor Capitán General, y en Jefe del Ejército de los Andes.

Es copia.

Pedro Antonio Vera,
Secretario.

En otra nota, fechada en la Serena á 26 del mismo mes, comunica al superior que la misma escuadrilla desembarcó cerca del Huasco 400 hombres que incendiaron algunos ranchos y llevaron ganado, volviendo á reembarcarse en vista de los alardes de fuerza de los patriotas, dejando en tierra hasta 48 soldados que se pasaron á los independientes con armas y forníturas. (18)

En el dia oficia al teniente coronel Zelada, ordenándole que se le reuna poniendo aquellas tropas bajo su dependencia conforme el párrafo tercero de sus iinstrucciones.

Terminada la expedición con los susesos que dejamos referidos, elegido el gobierno de la provincia y pacificado el país, el comandante Cabot, bajó á la capital de Chile poco tiempo después, para presentarse á su superior, continuando en servicio hasta el 13 de mayo de 1819 en que le fué otorgada la cédula de retiro.

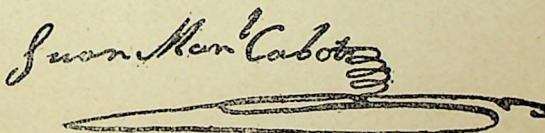
No lo seguiré hasta esta última fecha, pues he prolongado este trabajo más de lo que era mi deseo, pero antes de terminar quiero transcribir en su honor, la nota que copio en seguida:

Exmo. Señor.

Paso á mano de V. E. cuatro estandartes y dos banderas que en la acción de Barraza se tomaron á los enemigos, como con anticipación tengo comunicado á V. E.

Dios guarde á V. E. muchos años. Santiago, 24 de Mayo de 1818.

Exmo. Señor.



Exmo. Señor Capitán Ceneral don José de San Martín.

Esta nota tiene una resolución marginal de puño y letra de San Martín, que dice: «Póngase á disposición del Supremo y ofíciense».

Si á las acertadas disposiciones del comandante de la expedición, á la actividad y constancia del capitán Zevallos y al valor de su oficiales y soldados se debe la conquista de estas banderas, razón hay sobrada para que la modesta enseña que guiaba sus huestes, tenga un puesto honroso en el MUSEO HISTÓRICO de la patria argentina, para gloria y ejemplo de las generaciones que os sucedan.

NOTAS

NOTA I—PÁG. 9

Don Ramón Freire, chileno, nació en Santiago el 29 de noviembre de 1787. En 1811 se enroló como cadete en los dragones de la frontera y á los dos años era ya teniente. Se encontró en los combates de Huilquilemu, Talcahuano, El Quilo, El Roble y otros. Con el grado de capitán, acompañó á O'Higgins en Rancagua el 2 de octubre de 1814, donde se condujo bizarramente. Despues de este desastre pasó á la República Argentina y en 1815 estuvo asociado á una empresa de corsarios para combatir á los españoles. Al año siguiente se unió al ejército de San Martín y era ya teniente coronel cuando fué comisionado por éste para expedicionar á Chile. Marchó desde Mendoza el 14 de enero por la línea de los fuertes de San Carlos y San Rafael con 25 hombres de cada uno de los batallones núms. 7, 8 y 11 y 25 granaderos á caballo, acompañándole algunos emigrados chilenos.—Considerado como jefe prestigioso en la parte del territorio que debía invadir, llevaba instrucciones para levantar guerrillas y montoneras amenazando Talca y Curicó, fomentando la acción de los caudillos Rodríguez y Neira para lo que se le proveyó de un repuesto de armas y municiones.

En los primeros días de febrero se situó frente á San Fernando, se le incorporaron cien hombres de guerrillas, y reunido á Neira y á otra partida que encabezaba Juan Pablo Ramírez, agente secreto de San Martín, chocó con un destacamento de dragones que le salió al encuentro en la vega de Campeo, lo venció tomándole veinticinco prisioneros y matándole veinte hombres, obligó á la guarnición de Curicó á retirarse al sud del Maule, ocupó Talca el 12 del mes antedicho (el mismo día que Cabot ocupaba Coquimbo, 200 leguas más al norte) quedando al

frente de todo el país sublevado y pudiendo disponer de 2000 hombres.

Don Manuel Rodríguez, en tanto, alcanzó grandes ventajas, sublevando la provincia y despreciando todo peligro, con sin igual audacia, tomó armas y caballos al enemigo, proclamó la independencia en varios pueblos, obligó á los españoles á destacar fuertes divisiones, que burlaba hábilmente y aunque pregonaron y pusieron á precio su cabeza, no consiguieron acobardarlo, pues donde quiera que se le presentaban fuerzas enemigas sabía triunfar de ellas ó burlarlas con su genio pronto y fecundo. Había nacido también, en Santiago de Chile el año 1786, pasado los Andes después de Rancagua y emprendido esta campaña de acuerdo con San Martín. Murió asesinado en Filti la noche del 16 de mayo de 1818 por el brazo mercenario que armaron sus compatriotas.

El general B. Mitre, refiriéndose al comandante Freire en esta campaña, dice: «este oficial, tan intrépido como de poca cabeza para dirigir operaciones complicadas en una comarca revolucionada, limitóse, con arreglo á sus instrucciones, á cubrir la línea del Maule interceptando las comunicaciones».

Esto no obstante, asistió con brillo á toda la campaña del sur de Chile con Las Heras, se encontró y tomó parte activa en los combates de Curapaligüe y Gavilán y á su bravura reconocida correspondió la ocupación victoriosa de la difícil plaza de Arauco, ocupación necesaria para privar de recursos al enemigo encerrado en Talcahuano.

Publicamos en seguida el parte de este jefe relativo á las operaciones de ultra cordillera que le fueron encomendadas por el general San Martín. Dice así:

Exmo. Señor:

Después de la acción que dí al enemigo en la madrugada del día 4, según comuniqué á V. E. en oficio del 5 del presente, me retiré á la quebrada, nombrada la Veguilla, noticioso de la superior fuerza que podía oponerme el enemigo, si reunía la que tenía repartida en los lugares de que á V. E. anteriormente he dado parte.—En este destino, me mantuve arreglando las tropas que se me reunían, y proporcionando auxilios de gente armada, para convocar por las noches á las que por temor no se atrevían á verificarlo, por no ser atacadas. He distribuido varios espías á diversos puntos con distintos objetos, para averiguar las disposiciones del enemigo, que en verdad, han sido incombinables, respecto á que ya se reunía hacia esta parte, ya hacia esta otra y siempre en agitación; de suerte, que por su perturbación, temí fuese algún aparente

ardid, para atacarme por diversos puntos con todas sus fuerzas á un mismo tiempo.

Ya á prevención, había asegurado una posición ventajosa: tenía una retirada segura hacia el oriente, por el norte y sud, cubiertos mis costados de encumbrados montes; de modo, que, sólo les quedaba el frente, hacia el poniente para avanzarme, para lo que me favorecía una pequeña montaña, que me proporcionaba ventaja su altura.

El lugar, como era tan denso de árboles, igualmente, me brindaba con sus abundantes maderas, á formar trincheras de éstas y de ramas; de suerte, que deseaba que el enemigo nos visitase, aunque viniese en triple fuerza seguro de escarmentarlo.

El 8 por la mañana, mandé interceptar la correspondencia; á cosa de las tres de la tarde supe que dejando á Talca, Quecheraguas y Curicó, las tropas caminaban unas por faldas de las cordilleras, y otras por los llanos con dirección á San Fernando; para este fin, mandé 50 hombres á la disposición del capitán Molina, bien armados, á que los incomodase en el paso del río, picándoles la retaguardia, y si posible fuese que les quitasen las caballadas; como á las once de la noche, me pide el capitán Molina, le mande auxilio de más gente, y no pudiendo verificarlo en aquella hora, quedó dispuesto lo conveniente para salir al día siguiente, á impedirles su retirada que ya era conocida.

El día 9 por la mañana, tuve aviso que la partida de Talca, estaba sitiada por Molina en Quecheraguas, y por más que apresuré mis marchas, llegué tarde; no obstante, conseguí que se les dispersase gran número de reclutas, que tirasen al río cinco cargas de municiones, fuera de dos de piedras de chispa, que desparramaron por el camino, y tres hombres que les matamos.—Yo les hice persuadir que mi retirada, era por esperar al Sr. O'Higgins, que estaba al caer, y de este modo logré esparzar á los enemigos y atraerme á los amigos que me aguardaban.

En este mismo día se alojó y pasó la tropa la noche en Quecheraguas hasta el diez al medio día, que seguimos nuestra jornada hasta Pillarco.

El siguiente, tuve noticias de Curicó, que una guerrilla de cien hombres, se había avistado y la noche anterior, que repasaron el Maule otros tantos con sospechas de que hubiese algunas partidas más, por lo que me retiré á Cumpeo, para en un caso apurado, tomar posición de donde salí para hacerme fuerte.

Después, he sabido, que la partida de Curicó es de patriotas, y espero se me reunan.—Mañana saldrá don Antonio Meriño, comisionado para el sud á juntar su gente.

En Talca se está ejecutando lo mismo: en las costas ya tengo razón

de activar las propias diligencias de modo, que en breve, me contempló con 2000 hombres de fuerza ó quizás más.

Espero, que Vuestra Excelencia me remita armas y municiones que me hacen falta.

Luego que esté ya formado este ejército, si á Vuestra Excelencia le parece conveniente, avanzaré á la capital, é impediré que Sánchez se reuna en Santiago; y caso que mis fuerzas no sean suficientes, lo ejecutaré en emboscadas ó á la pasada de los ríos, lo mejor que pudiese.

Todas estas gentes, nos son fieles, y me traen avisos continuos de los que me aprovecharé, según fuese conviniendo.—Tengo pasados oficios á los cabildos de Curicó y Talca, el primero ofrece auxilios que espero luego de caballos, y el segundo, por votación, ha nombrado de gobernador á don Pedro Donoso y Arcaya, quien me remite en contestación el acta celebrada de su elección fecha de ayer.

Remito á V. E. la adjunta correspondencia que intercepté al enemigo, de la que solo ván aquellos documentos que pueden ser útiles, dejando para otra ocasión los que restan. También dirijo á Vuestra Excelencia, algunas pocas cartas que no interesan menos.

No me ha sido posible abreviar este chasque, por faltarme tiempo para visar la correspondencia y separar de ella lo necesario. Dirijo á Vuestra Excelencia, un juego de *gacetas* de las que han venido, habiendo quemado las restantes, para que no corran en estas provincias.—Este tiro no ha sido malo, porque ignoran en Concepción, Valdivia y Chiloé, los sucesos del norte.

Dios guarde á Vuestra Excelencia, muchos años.

RAMÓN FREIRE.

Exmo. Señor General en Gefe del Ejercito de los Andes.

Es copia:

Gregorio Tadeo de la Zerda, secretario.

Don Ramón Freire, continuó sirviendo á Chile con constancia hasta 1823 en que fué elegido Director Supremo, cuando O'Higgins declinó el mando. De regreso de la expedición de Chiloé (1825) abandonó el poder y se retiró á la vida privada. En 1827, fué nuevamente electo Director Supremo.—Desterrado al Perú, regresó en 1842 y falleció el 9 de Diciembre de 1851.—Sus conciudadanos le han levantado una estatua y poetas como don Guillermo Matta, han cantado á su memoria.

NOTA 2—PÁG. 9

Desde el mes de setiembre en que, después de su parlamento con San Martín, se retiraron á sus tolderías los indios pehuences, el capitán Lemos, comandante del fuerte fronterizo de San Carlos en Mendoza, recibió órdenes de avanzar hacia el Portillo, reforzando los 25 blandengues que mandaba con 30 milicianos del regimiento San Carlos, con orden de vigilar todo movimiento del enemigo por esa parte; pero en los primeros días de febrero, San Martín le mandó nuevas órdenes e instrucciones para pasar á Chile, en combinación con Freire y ocupar, siguiendo el río Maipo, la guardia de San Gabriel distante 16 leguas de Santiago, dejando, de esta manera, cubiertos los dos caminos de la extrema izquierda, por los Andes, y cortadas las comunicaciones de Concepción con la capital.

Cumpliendo las instrucciones recibidas, apenas pisaron el territorio Chileno Frire y Lemos, propalaron, por cuántos medios les fué posible, que formaban la vanguardia del ejército patriota; lo que parecía verosímil, desde que sus soldados vestían uniformes de los diferentes cuerpos que lo componían, y tal vez, por eso, la guarnición de San Gabriel, habiendo sentido el avance de este último, (á causa de un temporal, dice el parte del gobernador Luzuriaga, dirigido á San Martín, desde Mendoza) creyó tener el grueso del ejército encima y se dió á la fuga, dejando desamparada la guardia; motivo por el cual, Lemos determinó situarse en los Penquenes, como lo avisa el día 7 á las 5 de la tarde.

Don José León Lemos, había sido teniente del regimiento Húsares del Rey, desde noviembre de 1810 y fué nombrado comandante de San Carlos en marzo 16 de 1812.

NOTA 3—PÁG. 9

Don Nicolás Dávila, fué dado allí á reconocer por el gobernador, como 2º jefe de la expedición y encargado especialmente de la parte política, dice su hijo, don Guillermo, en los apuntes que escribió el año 1870, con datos que tenía de su señor padre, (Rev. de Buenos Aires, tom. 23), agregando que éste no estaba preparado y que tal medida «fué resuelta á última hora por el general San Martín, no te-

niendo confianza en la capacidad de Zelada, para salir airoso en las complicaciones que pudieran surgir, al ocupar un territorio extranjero, y cuya celosa independencia, había interés en respetar en cuanto fuera compatible con las necesidades de la guerra».

Debemos agregar, por nuestra parte, que Zelada, recibió á su arribo, de manos del gobernador Martínez, las instrucciones escritas de San Martín, al respecto, en pliego cerrado, lo mismo que los demás jefes de divisiones destacadas. Fué capitán del Rgt. N°. 4 en diciembre de 1812, sargento mayor del N°. 6 en julio de 1813 y comandante en mayo 14 de 1814; obteniendo su cédula de retiro en 3 de marzo de 1817.

NOTA 4—PÁG. 11

Exmo. Señor:

En esta hora, que son las 6 de la mañana de este día, acabo de recibir parte del capitán don Francisco Zelada, comandante de la fuerza de La Rioja, fecha 17 del corriente, en que me comunica haber arribado á la Villa de Copiapó y quedar tomada por las armas de la PATRIA; y lo comunico á V. E. para su superior conocimiento.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel General de la División del Norte, en la ciudad de la Serena.

Febrero 20 de 1817.

Exmo. Señor.

JUAN MANUEL CABOT.

Exmo. Señor Capitán General de la Provincia de Cuyo y en Jefe del Ejército de los Andes.

El doctor don Angel J. Carranza, nuestro amigo, nos ha facilitado algunos apuntes, tomados de las memorias inéditas del coronel de la independencia don Evaristo Uriburu, que conserva en su archivo, y en ellas dice, este último, que el general Belgrano, lo destinó á la expedición de La Rioja con el coronel Zelada, que en esta provincia se formó un cuerpo de 300 hombres de infantería y 200 de caballería; que marcharon sobre el Huasco, defendido por 200 españoles y un coronel que no nombraba; agregando que era fraile franciscano de misa y había guerreado en España contra los franceses, que atacaron de noche por

tres puntos, y ocupado el Huasco pasaron á Copiapó que estaba desguarnecido.

El coronel Uriburu se expresa, pues, como actor en la jornada, pero no dá detalle alguno del combate ó de la ocupación, ni vagamente; lo que es extraño, tratándose de una acción gloriosa, y es más extraño todavía, que siendo compañero Zelada, no lo haga figurar éste, en la lista de los oficiales que tomaron parte en la expedición y para quienes reclamó el premio de Chacabuco, elevada al superior Gobierno á sus efectos en 24 de Noviembre de 1817. Todos los datos que hemos recogido, hacen aparecer exagerada la cifra de 500 hombres que señala y hacemos notar de paso, que del ataque á Copiapó, defendido por el capitán graduado Manuel Antonio Gordones (*a*), hablan varios historiadores, pero el Huasco queda relegado al segundo término, tratándose de la invasión de Zelada.

Mencionamos, sin embargo, estos apuntes para dar lugar á la palabra del coronel Uriburu, así como nuestro agradecimiento al ilustrado Dr. Carranza.

(*a*) *C. M. Sayago — Historia de Copiapó.*

NOTA 5 — PÁG. 12

Departamento de la Guerra — A consecuencia de la representación elevada á la autoridad Suprema por el teniente coronel retirado del ejército don Francisco Zelada, reclamando por sí y sus compañeros de armas en la expedición que á su mando se dirigió de la Rioja, contra el Guasco y Copiapó: el goce del premio señalado á los vencedores de Chacabuco, tuvo á bien el Gobierno, con presencia de los documentos justificativos de sus servicios dictar en 20 de Noviembre último, (1817) la suprema resolución que sigue:

Declarárse al suplicante incluído en el número de los restauradores de la libertad del Estado de Chile, y de consiguiente partícipe de los premios concedidos á los vencedores de Chacabuco.

Del mismo modo se declaran comprendidos en el goce de aquellos á la oficialidad y tropa que acompañaron á este benemérito jefe en la ocupación del Guasco y Copiapó, cuyas listas deberá presentar él mismo, al Estado Mayor General, para que habidas que sean por éste, prevenga al particular del ejército de los Andes, la remisión de las medallas y escudos que corresponden á estos individuos, disponiendo en consecuencia la distribución respectiva en los términos convenientes; y al efecto comuníquese.

Y considerando S. E. igualmente dignos de la gratitud de nuestros compatriotas, los generosos sacrificios con que los habitantes de dichos territorios de la Rioja, coadyuvaron al feliz suceso de la anunciada expedición, ha dispuesto que publicándose el antecedente decreto en la «Gaceta» de esta Capital, se lea dé como efectivamente se les dan á nombre de la patria, las más expresivas gracias por sus constantes esfuerzos, en obsequio de la felicidad común.

IRIGOYEN.

(*Gaceta de Buenos Aires, Número 51*).

Por cuanto es constante al Gobierno, el mérito especial contraido por el comandante don Nicolás Dávila, en la restauración del Estado de Chile por las armas de la Nación en que se halló y prestó sus servicios á la Nación.

Por tanto, vengo en declararle y le declaro acreedor al goce de la medalla de plata designada por decreto del 15 de abril de 1817, á los defensores de la libertad nacional en dicha jornada, la que podrá y deberá usar con arreglo al citado decreto, previa la respectiva anotación en el Estado Mayor General.

Para todo lo que le hize expedir el presente firmado de mi mano, sellado con el sello de las armas del Estado y refrendado por mi secretario de Estado en el despacho universal de Guerra y Marina.

Dada en la fortaleza de Buenos Aires, á 28 de Enero de 1818.

JUAN M. PUEYRREDON.

Matías Irigoyen.

Anotado en el Departamento de Caballería de este Estado Mayor General.

VEDIA.

NOTA 6—PÁG. 13

En contestación del oficio de V. E. del 22 del que rige, trascibíéndome la orden del jefe y supremo decreto, para que presente las listas de los individuos que marcharon á mis órdenes á los pueblos de Copiapó y Guasco, debo decir: Que las listas que se me piden, quedaron en la Tenencia de Gobierno de la Rioja, las que pido en este

correo y solo acompañó á V. E. la de los señores oficiales, por hallarse
esta en mi poder.

Dios guarde á V. E.

Buenos Aires, 24 de Noviembre de 1817.

FRANCISCO ZELADA.

Señor Coronel don Ignacio Alvarez.

DIVISIÓN DE LA RIOJA

Relación de los señores oficiales que marcharon á mis órdenes en la
expresada división á la toma del Guasco y Copiapó con expresión de
clases y nombres.

Capitán	Don Nicolás Dávila
	» José Benito Villafaña
	» Miguel Dávila
Tenientes	Don José Perez
	» Manuel Prieto
	» Fernando Gordillo
	» José María Carreras
	» Xavier Medina
	» Manuel Gordillo
Sub-tenientes	» Roberto Carmendi
	Don Julián Fernández
	» Pascual Ruiz

Buenos Aires, 24 de Noviembre de 1817.

FRANCISCO ZELADA.

Es copia:

Alvarez.

Los diplomas han venido conformes y se han pasado para su curso al
Tte. Corl. Zelada por Inf^a. con oficio de 10 de Junio de 1818, quedando
pasada copia de esta relación á caballería por haberlas anotado.

Diciembre 6 de 1817.

NOTA 7—PÁG. 16

El doctor Sibilat Fernández, bibliotecario, entonces, del general Mitre, decía en carta dirigida al Director del Museo Histórico con fecha 12 de Enero de 1895, que original tenemos á la vista, que aquella referente á la bandera no la encontraba, afirmando al mismo tiempo que el general no recordaba tampoco dónde pudiera estar y prometiendo que la buscaría despacio.

NOTA 8—PÁG. 16

El 1º de Cazadores, de infantería se formó en su mayor parte de sanjuaninos, el N° 11 se completó también en San Juan y era éste el único cuerpo que en ese año (1816) tenía banda de música costeada por los ciudadanos y el erario á impulsos del gobernador de la Rosa.

D. Hudson. —Recuerdos Históricos de Cuyo.

NOTA 9—PÁG. 17

D. Hudson. Op. cit.

NOTA 10—PÁG. 18

El general Espejo, afirma que en San Juan le esperaban 80 hombres de caballería al mando de D. Juan Agustín Cano con seis oficiales subalternos más (*Paso de los Andes*, pág. 541), pero el señor Hudson en sus *Recuerdos Históricos de Cuyo*, dice: hablando de la formación de los cuerpos cívicos, que la caballería era mandada por D. Mateo Cano y la infantería por D. Juan Agustín, como dejamos consignado antes, apoyados en este último autor.

NOTA 11—PÁG. 21

Damián Hudson, Op. cit.

El general Mitre en su *Historia de San Martín*, al hablar de la expedición á Coquimbo, no fija el número de tropas que llevó Cabot y en

el tom. 3º de la *Historia General de la República de Chile*, dice el señor Sanfuentes en la memoria allí inserta, pág. 62, que se componía de una compañía de artillería de línea, varias compañías de infantería y milicias de San Juan, hasta completar 600 ó 700 hombres; pero debemos fijarnos en 400, teniendo en apoyo de esta cifra el presupuesto é itinerario que insertamos en el texto, formado por el baqueano, Patricio Zeballos, de orden del general en jefe en octubre del año 16, basado en ese número; y el parte del combate de Salala, pasado por Cabot á San Martín, en que hace funcionar 250 hombres en los movimientos de que dá cuenta, fuera de las tropas de su inmediato mando, y es por tanto, de presumir, que si estas aumentaron, fué después de pisar el territorio chileno con voluntarios ó por otros medios.

Debió considerarse, entonces, por algunos, insuficiente el número de hombres para la empresa, pues en carta de D. Gregorio Arasena, dirigida al general San Martín desde San Juan, el 19 de Enero, aquél aconseja que, por Guandacol y Jachal, la división de Zelada, ó parte de ella, se una á la de Cabot para asegurar el triunfo.—Dice así:

Paso de los Andes sobre
la expedición de Cabot.

Señor general Don José de San Martín.

San Juan y Enero 19 de 1817.

Mi estimado señor: Inmediatamente que llegué á ésta, entregué la de V. S. al señor comandante D. Manuel Cabot de quien fuí recibido según el mérito de la suya, y en cuanto hablamos en obsequio de la causa, confrontó mi parecer con el de dicho señor, quien se ha marchado el día de ayer 18, quedando yo en ponerme en marcha á la mayor brevedad, y pienso verificarlo el miércoles 22, no dudando el alcanzarlo en la Iglesia, por que allí tenía que parar.

Entre las propuestas que hice fué el de hacerle presente, que con los 300 hombres que iban al Guasco ó Copiapó, si no me engaño, son totalmente mal dirijidos por muchos motivos que podría decir á V. S. y de que sólo alumbraré en parte: 1º que si son dirijidos al Guasco, con ciento, aún son muchos, llevando dos ó tres hombres muy vaqueanos por varios impedimentos que hay antes de su llegada á dicha villa, de quebradas y malos pasos—2º que van á un país el más rico de toda la jurisdicción de Chile en toda clase de metales, pero su desdicha y escasez de víveres, es sumamente grande, tal que una gallina, no se encuentra por un peso; su escasez de cabalgaduras y pastos, es sin igual,

y que tomado aquel punto, hay alguna dificultad para volver á Coquimbo; y si esta tropa es dirigida á Copiapó mucho peor; tiene V. S. ciento diez leguas á Coquimbo de malos caminos, y travesía de treinta y tantas leguas de las más fatales que he visto, y lo que es más, que si no se asegura la toma de Coquimbo, en balde nos ha servido el haber tomado al Guasco; por que inmediatamente tomará medidas el enemigo en que perdamos la gente que ha caminado al expresado Guasco, con solo cortarlos con poca gente, por ciertos puntos, ¿y qué habremos sacado de un perjuicio tan notable? que le llegará á V. S. la noticia de que se perdió la acción de Comquimbo, y Guasco que no dejaría de ser algún desconsuelo; y qué satisfacción para el enemigo, y entusiasmo para sus tropas!

Estoy creído que si V. S. lo halla por conveniente deliberar prontamente sobre este asunto, todavía hay remedio. Dicen, pues, que las tropas de la Rioja estarán en el boquete de la cordillera el 26 del corriente, esto supuesto, me parece que precisamente deben de caer por Guandacol, con poner un aviso prontamente allí, de que pasen solo cien hombres al Guasco, y los otros doscientos, vengan á incorporarse por Jachal á la división de Coquimbo en que no hay dificultades, según lo poco que tengo visto: dicho aviso debe darse al expresado Guandacol, bien sea por el señor comandante Cabot ó como V. S. lo halle conveniente. Por otro estilo, si los 300 hombres se incorporan á este ejército, que es fácil; tomado Coquimbo con solo la intimación al Guasco, y en seguida á Copiapó con amenaza, se deben de entregar; y cuando sean tan omisos, que lo difícil, con que caminen cien hombres, que se hará con muy poca dificultad de Coquimbo, estoy creído que seguramente, todo quedaría verificado á nuestro favor y de allí, tomar las más medidas de asegurar los contrarios al sistema, y viviremos en esos pueblos, descansados y sin cuidado, solo con el vivo deseo de que V. S. tenga todo el acierto que apetezco, y de que se puedan tomar algunas providencias en obsequio del ejército que invade á Chile.

Creo, contamos con seguridad, la toma de Coquimbo; dólolo por hecho, nada se ha perdido con esta medida; vamos por lo contrario, soy demasiado desconfiado y cuando más seguro me veo, no quisiera perder medio por quedar completamente á salvo, pues estoy entendido, que después de la pérdida, el malhaya, el quien hubiera pensado, con otras expresiones, ya vienen tarde.

Quién pudiera tener un entendimiento tan claro, que con cuatro palabras dijese á V. S. cuanto siente mi corazón, y lo mucho que encierra este corto asunto, que me hace molestarle tanto! Pero estoy

creido que mi patriotismo, y el solo vivo deseo del bien general, nuestra justa independencia, me hace tomarme esta satisfacción y el de costear esta posta y que no miraría en este solo y pequeño gasto, siempre que conozca es ventajoso; que no aspire á nada y que el mayor dolor me será el que V. S. tenga puestas las miras en la propuesta que me hizo, que nunca podré aceptar con gusto, pues de otra suerte, puedo ser más útil á nuestra libertad y al vivo deseo con que le deseo todo acierto, buena salud, y pide dispense lo *laso* (?) de quien B. S. M.

Gregorio Arasena.

P. D. —Desde el momento que se encaminó el señor comandante, no he podido tener un rato de sosiego, acordándome de este asunto que tal vez parece nada, pero para mí es de importancia y no ha sosegado mi espíritu hasta hacérselo presente á V. S. que si lo haya por conveniente, hacérsela presente al comandante Cabot, por esta vía, puede pasar con ligereza, y de la Iglesia en donde le hallará, puede deliberar con prontitud, por no estar distante Guandacol, lugar por donde debe pasar la tropa.

NOTA 12—PÁG. 22

Tomo 3º, pág. 186.

NOTA 13—PÁG. 22

Crónica de la Marina Militar de Chile—Copiapó, 1864.

NOTA 14—PÁG. 28

Exmo. señor:

Reunidas en este punto las tropas que componen la división de mi cargo, dispuse la agregación del número de veintitantes hombres que mandaba el teniente don José María Cruz, emigrado de Chile, á la fuerza de la compañía de infantería que compone la 2ª división; esta medida ha descubierto entre los fáciosos, un espíritu de insubordinación, dándose por mal contentos con mi operación, bajo el pretexto de

formar cuerpo por separado, lo que no puede ser con tan corto número de individuos. Y siendo dicho Cruz, el cabecilla de este movimiento, escusándose del servicio con pretestadas indisposiciones, y otros motivos que no me dejan que dudar de su mala versación en la materia. He dispuesto remitirlo á presencia de V. E. para que haciéndole los cargos, se digne darle allí el destino que fuere de su superior agrado.

Dios guarde á V. E. m^s. a^s. Cuartel General de la División del Norte en el Destacamento de Pismanta y Enero 25 de 1817.

Exmo. señor.

Juan Manuel Cabot.

Exmo. señor Captn. gral. de Prov^a. y en Jefe del exto. de los Andes.

NOTA 15—PÁG. 28

Para justificar lo dicho, copiamos la siguiente lista que encontramos entre los papeles referentes al teniente coronel Cabot.

Lista de los individuos que volvieron del camino de Coquimbo por órden del comandante Cabot que iban en la sección que mandaba Don Enrique Larenas—

D. Gregorio Allende	D. N. Nabas
» José María Allende	» N. Verdugo
» Juan de Dios Ureta	» Gaspar Manterola
» Bernardo Cuco	» Salvador Villalobos
» Manuel Quintana	» Cruz Villalobos
» Francisco Toledo	» Miguel Gomez
» Diego Calancha	» N. Quesada

NOTA 16—PÁG. 30

Exmo. señor:

Tengo el honor de comunicar á V. E. qne desde que marché de la plaza de San Juan, á la cabeza de la División que se ha confiado á mi corto talento, con dirección al Norte, sobre el Río de Santiago de Chile, me propuse no omitir sacrificio alguno personal que coadyuvase al mejor lleno de mis deberes. Y así es, que emprendí mis marchas, hasta trasmontar las cuatro cordilleras de los Andes, en que invertí

catorce penosas jornadas, después de las cuales, alcancé á pisar la cañada de Patos, el seis del corriente. Allí sorprendió mi partida descubridora, la primera guardia enemiga, y habiendo hecho alto, tanto para reparar las cabalgaduras, como para municionar la tropa y demás ocurrencias preventivas á seguir pisando el terreno enemigo, fué también tomada prisionera á los dos días la guardia, que fué á relevar la antedicha, comandada por un cabo de la guarnición de Coquimbo con arma corta de chispa, é igual número de soldados; al siguiente día, después de haber adelantado una partida de cien hombres, al mando del capitán don Patricio Ceballos, continué mi ruta, encontrando por ella á varios vecinos de probidad y patriotismo, que guiados de mis confidentes, con quienes he girado correspondencia privada desde los primeros momentos, que me moví con la expedición, corrían presurosos á incorporarse á ella. Dicho capitán y oficiales, que le acompañaron, supieron explorar el campo con alguna más vigilancia, que la que creí necesaria por las instrucciones que se les dieron al efecto; tanto que cuando el día nueve que llegué con el grueso de mi división y vagabes á la 1^a población de Valdivia, ya se habían apoderado no solo de los espías y vecinos sospechosos, que nos podían perjudicar, sino también de una correspondencia de Santiago que interceptaron en Monterrey, de cuyo paraje distante cuarenta leguas de Coquimbo, se les pudo escapar José Antonio Godomar, uno de los más sindicados por su opinión, quien, por caminos extraídos, se pudo introducir en dicho Coquimbo, dando noticias de mí arribo, que hasta aquella fecha se ignoraba por el buen orden y cautela, con que se han dirigido las marchas: con este aviso se puso el enemigo en confusión, según el parte del que con igual fecha del que llevó el aviso, comunica el Subdelegado de dicha plaza al Gral. Marcó, que también cayó en mis manos, por la partida volante, y que me ha servido de guía para mis ulteriores disposiciones. En el acto que lo leí, dispuse auxiliar mis avanzadas con cien hombres de caballería é infantería, que marcharon desde Rapel el dia diez, al mando de mí primer ayudante de campo D. Eugenio Hidalgo, con órdenes, de que, reunidos al capitán Ceballos, invadiese todos los puntos por donde pudiese fugar el enemigo así á la Capital: en efecto, lo ejecutaron á la letra el día de ayer. Los enemigos arribaron al punto de Barraza, encrucijada precisa á su salida, con la guarnición de ciento y tantos hombres que tenía la plaza y dos piezas volantes de artillería de calibre de á cuatro, pocos minutos antes de la partida destinada á perseguirlos; y cuando pensaron acamparse en aquel Río, como de hecho lo intentaron, según me lo indicaba los continuos partes del capitán Ceballos, bajo cuyas órdenes operaba nuestra fuerzas, ya nuestras primeras partidas les hacían fuego por

retaguardia. A esta sazón, recibí un parte del benemérito patriota D. Manuel Antonio de Iribarren, Gobernador electo por el pueblo de Coquimbo, en ausencia de su antiguo mandatario D. Manuel Sta. María, cuyo contenido se expresa del oficio y acta que en copia incluyo, bajo los números 1º y 2º, para satisfacción de V. Exa. En los propios momentos de estar leyendo estos documentos en este valle de Sotaquí, en que acababa de acamparme con el resto de mi división, se me dió parte por el citado capitán Ceballos, quedar reunida toda la fuerza armada á que se agregaron algunos naturales del país á quienes había armado con lanzas y que quedaban batiéndose con el enemigo; que de su resultado me daría pronto aviso; en el acto mandé pasar revista de armas y reunir toda la fuerza que me quedaba, depositando los equipajes, víveres y demás bagajes en casa aparente, á cargo de los arrieros conductores. Se previnieron las cabalgaduras necesarias para ocurrir al primer aviso en su auxilio, en razón de qne por algunas noticias extrajudiciales se me había informado que les venían cien hombres de la capital. Con este apuro, pasé la noche, así yo como la tropa, con la rienda en la mano, hasta que al amanecer del dia de hoy, llegó el glorioso parte en que se me comunica, haberles dejado muertos nuestras tropas en el llano de Salala, tres leguas adelante de Barraza, cuarenta y tres soldados, tres oficiales y tres mujeres que le seguían; habérseles tomado cuarenta prisioneros, entre los cuales, cayó el Sub-Delegado, teniente coronel D. Manuel Santa María, su hijo y dos oficiales; que entre heridos y derrotados se habían escapado como 20; que validos de la buena disposición en que se hallaban sus caballos, fugaron precipitadamente á las sierras y fragosidades inmediatas á la ruta de su destino; no habiendo tenido en el ataque, por nuestra parte, más pérdida que la de un soldado muerto y tres heridos, cuyo acontecimiento se hace increíble, á no conocer que la mano invisible, protege nuestra causa. Se les han quitado dos piezas de artillería volante de á cuatro todos los fusiles y seis espadas, diez y seis cajones de munición, dos barriles de pólvora, cuatro fardos de vestuario, treinta cargas de equipajes y entre ellas, todos los papeles. Todo lo que aguardo esta noche en este punto para disponer de ello lo conveniente y pasar mañana á tomar posesión de la plaza y puerto de Coquimbo, á donde he adelantado cincuenta hombres, al mando del comandante de caballería D. Antonio Blanco y competente número de oficiales, para que sirvan la guarnición, bajo las órdenes de su actual Gobernador. Los útiles de guerra que ha dejado el enemigo en aquella plaza y puerto, según las últimas relaciones, son las siguientes: En la casa de pólvora, 36 barriles de idem, cuatro id de id mojados, cuatro fusiles descompuestos, dos id buenos, cuatro cañones volantes de á cuatro, doce dhos. de á doce, dos de á 24 en el puerto.

No puedo desentenderme de recomendar á V. E. el entusiasmo y bravura con que se han portado en esta acción, según me lo informa el capitán Ceballos, bajo cuya dirección, trabajaron el capitán de milicias de infantería, D. Juan Agustín Cano, el ayudante mayor de la misma, D. Sinforoso Navarro, el ayudante mayor de línea, D. Juan José Ruiz, el teniente 1º del núm. 8, D. Simón Santucho, el de granaderos á caballo, D. Eugenio Hidalgo, el teniente de infantería de línea, D. Francisco Ibañez, el teniente 2º del núm. 8, D. Escolástico Magan y los tenientes 2ºs de escuadrones de milicias de caballería, D. José María Morales y D. Pedro Regalado Cortines, á quienes con arreglo á las instrucciones que V. E. me dió, he concedido al primero, el grado de Sargento mayor, al 2º, 3º, 4º y 5º el de capitán, al 6º, el de teniente 1º, y á los dos últimos lo mismo, y los he mandado reconocer hasta la suprema aprobación. Lo que comunico á V. E. para su superior conocimiento.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Cuartel general en el Valle de Sotaquí, Febrero 12 de 1817.

Exmo. señor.

Juan Manuel Cabot.

Exmo. señor Capt. General de la Provincia de Cuyo y en Jefe del Exto. de los Andes D. José de San Martín.

La satisfacción y regocijo de que se halla poseído este pueblo, por la noticia de la proximidad de Usia hacia nosotros, corresponde inequivocablemente, al amor y suma adhesión á nuestra sagrada causa. El conductor de este, que lo es D. Francisco Bascuñan y Aldunate, á que es adjunta la acta del día, acreditará á Usia nuestros sentimientos, y prestará toda la idea, que desea Usia adquirir de nuestra actual situación, y de la disposición de nuestros ánimos; cuyo detalle omito por no demorar un instante este deber, propio mio, y de todo este vecindario que ha depositado en mí toda su confianza.

Dios guarde á Usia muchos años.

Coquimbo y Febrero diez (10) de mil ochocientos diez y siete.

MANUEL ANTONIO DE IRIBARREN.

Señor General en Jefe de la expedición del Norte D. Juan Manuel Cabot.

Es copia de que certifico.

*Pedro Antonio Vera,
Secretario.*

En la ciudad de la Serena del Reino de Chile, en diez días del mes de Febrero de mil ochocientos diez y siete años—Hallándose este pueblo acéfalo, por la inesperada fuga del señor Subdelegado y demás autoridades que se hallaban constituidas; temiendo como prudentemente es de creer, que no habiendo quien gobierne, se introduzca el desorden, y sufra este pueblo los incalculables males á que está expuesto todo vecindario, que carece de una autoridad á quien se le preste toda la sumisión y respeto que conserva el buen orden; los vecinos de él, previendo estos males, se han reunido en esta sala á fin de proveer de este necesario remedio, según lo exigen las actuales circunstancias, y poniéndolo en planta por aclamación unánime; ha resuelto nombrar, como efectivamente nombra por gobernador político y militar, y con todas las facultades que se requieren, al señor D. Manuel Antonio de Irribarren, capitán de artillería, de cuya actividad, celo y amor á la patria se espera el favorable resultado que corresponde á esta confianza. Y respecto á la urgencia del tiempo, recíbasele, y désele posesión del tal empleo de Gobernador político y militar como vá expresado; sacándose el correspondiente testimonio, dése parte oficial al señor General de la expedición destinada á este pueblo, que viene al mando de dicho señor General, D. Juan Manuel Cabot.—Quejes fecha en la ciudad de la Serena en el mes y año ya citado.

José Fernando Varas—Dr. Juan Aguirre—Dr. José María Argandoña—Pablo Garriga—Pedro Juan Osorio—Cecilio Ramos—Esteban Orostegui—Nicolás Aguirre—Francisco Bascuñan—Juan Martín Gallo—Ramón Barela—Manuel José de Argandoña—José Agustín Barros—José Salvador Sapiani—José Gregorio Herreros—Matías de Argandoña—Lucas Hilario de Iglesias—José Gabriel Real—José Juan de Dios Rodríguez—José María Rodríguez—José Agustín Cabezas—Ignacio Barrios—Pedro Pascual Alvarez.—Se firmó: Meri—Baltazar Rojas—Fernando Sanz de la Peña—José Antonio Aguirre.

Ante mí: *Pedro Nolasco de la Peña,—Jose Antonio Aguirre.*

Ante mí: *Pedro Nolasco de las Peñas, Escribano Púlico y de Minas.*

Es copia de la acta original de su contexto, á que en lo necesario

me remito; y para que conste, doy la presente en esta ciudad de la Serena de Chile, fecha ut supra.

*Pedro Nolaco de las Peñas,
Escribano Pùblico y de Minas.*

Es copia de que certifico.

*Pedro Antonio Vera,
Secretario.*

NOTA 17 — PÁG. 36

Cabot escribe con fecha 19, y es notorio que Zelada ocupaba, Copiapó el 12, de lo que se deduce, que las noticias de sus partidas exploradoras no alcanzan á esta fecha, lo que no sería extraño por la fragosidad del camino y la distancia que debían recorrer. Al día siguiente, á las seis de la mañana, recibió un oficio de Zelada, fecha 17 en que le avisaba haber llegado á Copiapó y quedar ésta tomada por las armas de la patria. (Oficio de Cabot á San Martín, fecha 20 de febrero de 1817 — Véase la nota núm. 4).

NOTA 18 — PÁG. 36

Exmo. Señor:

Por las últimas comunicaciones y partes de los comandantes de las partidas, destinadas á la Villa del Guasco, su Partido y puerto; se me avisa con fecha 21, que habiendo arribado á éste, los barcos que en derrota de Valparaíso, aparecieron en esta playa, y se expresan del posterior parte que dí á V. E.; proyectaron cargar una partida de cobres, hacer aguadas y víveres, á cuyo objeto desembarcaron como 400 hombres de tropa; más como la vigilancia de mis partidas, que reunidas á los milicianos de aquel punto, les tocaron llamada, marchas; les hicieron creer que tenían fuerza para contrarrestar sus operaciones, mudaron de proyecto, y se reembarcaron precipitadamente sin hacer más hostilidad que robar un poco de ganado menor y incendiar algunos ranchos de aquellos naturales, que hallaron desiertos y despoblados. De las partidas que tenían por aquel campo, se reunieron á nuestra fuerza siete soldados enemigos, gritando viva la patria; en seguida once más, y después los restantes hasta 48, con sus armas, y fornitruras; á quienes

aguardo por momentos á virtud de las órdenes que tengo expedidas. Y
lo comunico á V. E. para su satisfacción y superior conocimiento.
Dios guarde á V. E. muchos años.

Cuartel general en la Serena, Febrero 26 de 1817.

Exmo. señor.

Juan Manuel Cabot.

Exmo. señor Capitán Gral. de la Provincia de Cuyo y en Jefe del Ejér-
cito de los Andes, D. José de San Martín.
